

GANADORES
CONCURSO NACIONAL LA VIDA, MAPA DE LA POESÍA

| | Título poema | Seudónimo | Nombres | Apellidos | Ciudad |
|------------------|---|-------------------------|----------------|---------------------|------------------------|
| 1° | <i>Bronx</i> | Egon | José Manuel | Prada Torres | Bogotá |
| 2° | <i>Breve inventario de una vida</i> | Melquiades | Justo Javier | Gafaro Montejo | Bogotá |
| 3° | <i>Una pecosa ella</i> | Saco roto | Luis alberto | Mallarino Beleño | Barranquilla |
| 4° | <i>En la palabra</i> | Marie Volta | Camila | Charry Noriega | Bogotá |
| 5° | <i>Una carta para Antonia dónde quiera que esté</i> | Neftalí | Luis Alfonso | Otálora Bonilla | Bogotá |
| MENCIONES | | | | | |
| 1° | <i>Maestro de los pequeños paisajes</i> | Jorge Francisco Isidoro | Yonny Argemiro | Díaz Ospina | Cali - Valle del Cauca |
| 2° | <i>Cartografía</i> | Siggwi | Sandra | Uribe Pérez | Bogotá |
| 3° | Morar en ti | Cilmoa Turbanec | Juan Camilo | Betancur Echeverry | Girardota - Antioquia |
| 4° | <i>Enmascarado</i> | Vulcano | Jesús | Delgado Argotty | Bogotá |
| 5° | <i>En los mapas que dibuja el mundo</i> | Antonio Pigafetta | Hugo | Chaparro Valderrama | Bogotá |

Bronx

Las calles, las casas, sus vendajes

Ventanas heridas por la ausencia,

Hombres de esparto magreados por la llama,

Locos que gravitan inmunes sin creer en la locura.

En cada puerta una máscara, sangre de cordero mal teñida.

El perfume de la conjuración en la sombría espera

De los acobijados por la noche.

Deambular de vivos que naufragan por los ojos de los muertos.

Después de la asepsia, no lo sé,

La temible enfermedad de la esperanza,

El olvido.

Tal vez, la putrefacción del reflejo del relámpago.

"EGON"

Breve inventario de una vida

Para mí el patio y los anones

el pozo oscuro

donde nos miramos el alma

y reímos

hasta arrugarnos los dedos y las penas.

Para mí el amor

los pechos turgentes

la primaveral hendidura del deseo.

Para mí el verso

el poema con el que uní los huesos de mi padre

mis memorias guardadas

en pequeños frascos con alcanfor.

Para mí el adulterio

alma rumiante

huérfano becerro del ayer

alma roída de todo hueso de amor.

Para mí la muerte

dos veces tocó la puerta

dos veces abrí

dos veces lloré sobre su hombro.

Para mí las úlceras. La diabetes.

Dieta estricta de nubes negras y pájaros hambrientos.

Para mí el silencio

la casa limpia

las sábanas tendidas como muertas

y los cuartos vacíos, sin viajeros.

Para mí el mar

los barcos regresando de la guerra

el cadáver de Alfonsina

y la espuma del dolor subiendo hasta besar el puerto.

Para mí el recuerdo

la espalda inclinada de la tarde bordando las montañas

mi madre y los manteles

el mapa de su rostro dulcemente envejecido

señalando todavía el lugar

en donde hallé la luz de aquel primer poema.

Para mí la tumba que me espera

la horizontal penumbra

el árbol cuadrado

ancho para mi cuerpo

estrecho para mi espíritu.

Para mí el olvido

la historia cerrando sus parpados

el paisaje lluvioso de la ciudad que amé

mis manos tristes y el tiempo

tan sólo el tiempo

cubriendo con hojas secas
 el camino por donde llegué llorando
 una madrugada de marzo
 cuando la noche primeriza mugía con ternura
 a las enrarecidas estrellas.

Melquiades.

Una pecosa ella

Seudónimo: Saco roto

Una sola vez me enamoré a primera vista

—era pecosa—

quiero decir

que tenía constelaciones en la piel

que batía espuma de mar sobre sus hombros

que en su espalda

a cada rato

eran las ocho de la noche

y en sus senos

era siempre

víspera de primavera

(ya exagero)

la verdad es que nunca vi sus senos

no existían aún

no habían nacido

éramos niños

inocentes como zapatos rotos al pie de una flor

—ella también se enamoró—

nos citamos a las cuatro en

una banca azul de un parque entristecido

y todavía

no sé por qué

llegué con diez minutos de retraso

(ya no estaba)

«pero estuvo» dijo el señor del helado

«una pecosa ella

de ojos claros»

y había rastros en la banca

restos de piedra lunar

espuma

la cola de un cometa

escarcha roja

«se fue por ese lado»

(un cono de fresa me señaló el camino)

la seguí durante horas

y primero me encontré la noche

éramos niños

inocentes

como hormigas con trocitos de cartón

la encontré por fin

con una guerra de mil días en la mirada

y me mintió como mienten las mujeres grandes «yo

no pude ir» me dijo

y yo no quise avergonzarla

y no le dije nada

no le dije a nadie nunca nada

ni la vi más nunca

pero hoy

una pecosa de ojos claros

me dice -implacable- que

desde hace diez minutos

las puertas del avión están cerradas

que he perdido el vuelo

que con gusto

me anuncia la penalidad

el nuevo itinerario

y no le digo nada

solo atino a recordar

aquella puerta secreta

cerrada en la penumbra

aquel primer vuelo

perdido para siempre

veinte años atrás.

*Solo amamos en la vida las presencias que la cruzan como mensajeras de
otro mundo.*

Nicolás Gómez Dávila

En la palabra

el río

corre cuesta arriba

restituyendo el tiempo,

la vida,

lo arrasado.

Pero vivir es el río que regresa

y los derrumbes,

la violencia de los días

donde existe dios.

Un perro nos espera

en ese fondo imposible que penetra la palabra,

luminoso permanece

en el envés de la vida

y acá hiere su distancia

hiere su canto bajo la lluvia

su agotada carne, su lengua mansa.

No puede la poesía reconstruir huesos y dientes,
y el perro nos observa desde ese fondo imposible que es la muerte;
su impulso, sin embargo, lo hace cardinal.

Ciertas cosas

habitan la potencia de lo innombrado,
ciertos abismos en la vida
tocados jamás por el lenguaje,
cosas iluminadas solo desde su interior
de ligera luz
retenidas en su estado de latencia.

A veces desde afuera algo las enciende;
la poesía que en la vida es aliento
nos devuelve a la abertura
a una imagen descuajada de los signos que se llaman;
la palabra a la distancia
que las saca del pasado
y las arranca de su reposada inexistencia.

Pero en esta habitación todo tiene nombre propio;
un perro observa los días ya sin él,

tiene nombre,
pues es propio de la vida nombrar
todo lo que arde y fluye.

Conocemos el pasado de esas cosas solas
que nos miran desde la imposibilidad,
somos lo elegido por su fuerza.

Transcurrimos entre ellas atentos al polvo
que cada semana les borramos,
son la vida
y para ellas nuestro nombre
es una huella dactilar
o la vuelta que les damos para que el sol no las irrite.

Incólumes persisten.

A diferencia de nosotros,
gozan ellas de un piadoso dios
que las salva de la ruina.

Seudónimo: Marie Volta

Seudónimo: Nefalí

UNA CARTA PARA ANTONIA DONDE QUIERA QUE ESTÉ

A veces uno quisiera desandar los caminos

y encontrarse con otros y en los ojos de otros que han estado muy cerca

que nos han hecho al nombrarnos, al sonreír, al vernos

pero es como una cárcava oscura el pasado

como un pozo insondable que se cierra.

Allí estás tú y estoy yo hechos huellas de olvidos y me cuesta alcanzarte

entonces resignado yo invento los recuerdos.

No puedo decirte que por aquí todo es igual porque no es cierto

ni siquiera la ciudad hecha de techos desde el cerro ¿te acuerdas?

Aquellos que se sentaron con nosotros en la vieja taberna

tratando de deshilar las madejas y atajos de la vida

de entender los enigmas, los secretos, se han ido

Delfos y Xavi murieron, los demás van y vienen pero nunca los mismos.

No son iguales dos instantes hechos casi uno solo

ni resbala por la misma pendiente dos veces un grano de arena

aún en la clepsidra más pequeña. ¿Dónde estás?

Pero dondequiera que estés tus pensamientos

darán los círculos de las aguas de un remanso profundo

fluirán como arroyos y tu sonrisa será una madrugada

desenredará los ovillos de las ideas de un amante confuso

y tus cabellos, tal vez ahora blancos

alumbrarán con sus destellos el camino de un viajero extraviado.

De mí te digo que sigo caminando las mismas calles viejas
apenas con pequeñas sonrisas por pequeños sucesos
encallado en las rocas del avieso destino de los hombres
tratando de pensarme alegre por tener ojos para mirar los cuerpos
alegre de la piel para los roces
pero se dicen tantas cosas absurdas
que a veces quisiera ensordecer como el gran músico
mas no llevo tanta armonía por dentro.

Sigo gritando en hojas que se lleva el olvido o que se come el polvo
recordando las sombras de los almendros tristes de mi pueblo
y buscando en mí una señal, un guiño de mi padre
que me ayude a descifrarme, a descifrar el tiempo y la muerte
tratando de encontrar poesía en las almas rotas, en las calles sin nombre
llenándome la boca de las amarillentas hojas del otoño
y pensando que vuelves. ¿Volverás algún día?
¿Y si vuelves tropezaremos con las mismas piedras?
¿Nos habrá corroído hasta tal punto ese alquimista errático del tiempo
que no nos encontremos al mirarnos de cerca
por tanto abrojo en los desvíos, por tanto cruce de caminos?
Quizás seremos entonces dos extraños
tratando de acomodar nuestros recuerdos.

Si vuelves... mientras tanto
continuarás sonriendo en mis vigiliass
bailando en el desamparo de mi insomnio.

Maestro de los pequeños paisajes

Esta es la mitología moderna; un perro

olisquea la cara de un niño, un hombre

dibuja con detalle las ropas y los pasatiempos de los hombres.

Y esta la fuerza del elemento, la tierra, el óleo

sobre la tabla, el azul pantano de los ojos

que elevan la mirada por un terreno abrupto.

El trueno, sobre las sombras de los árboles,

un cuadro de barcos chocando contra la orilla,

meses redundantes de abril y mayo.

Junto a ellos viven y mueren;

cuadros de cazadores, vuelos de espadas,

jaurías de perros como siluetas negras de árboles.

Sobre dos lagos helados, la atmósfera nos quema.

Este paisaje, amplio, diagonal, fue mío,

como lo fue defenderme de lo irremediable.

Absorto, desconocí lo que me rodeaba;

Una mujer detrás del tocador,

una mesa puesta con manjares,

las puras perfecciones del espacio devoto.

CARTOGRAFÍA

Trazo el poema y su desnudez me aterra.

El fervor con que se aferra al papel

es el mismo de la sangre en tránsito.

Cada palabra es una iluminación

que antecede a la niebla,

un paso certero hacia el abismo.

Y esa verdad de tinta que se enreda en los ojos,

ese mapa de horas a punto de extinguirse

se convierte en la memoria inútil de tu tiempo.

La sombra es ahora un pájaro del que no puedes huir.

Toda la música de lo escrito arde en tus venas

y te condena a tu propia destrucción.

Morar en ti

Por: Cilmoa Turbanec

Hace tiempo juntabas palabras

e imitabas a tus poetas de cabecera.

Fuiste el cronista de tus equivocaciones.

¡Cuánto dolor innecesario!

¡Cuánto aire desperdiciado!

¡Cuánta vida inútil!

Amaste la musa indicada en el tiempo incorrecto.

Enlaminaste tu cuarto de héroes que no eran tú.

Fuiste alarido, sopapo, dogal, mefítico,

remilgado, servil, fosco y precipicio.

Hasta que de pronto vuelves a ti, a tu vida,

morada donde ya reparaste la gotera del techo.

Vas a tu corazón.

Descontaminas el suelo, eliminas el plástico y los fertilizantes.

Además, siembras flores y llenas la despensa.

Tienes una mecedora y árboles frutales.

Descansas un poco.

Escuchas los pájaros.

Cierras los ojos. Nadie te sigue.

No existe enemigo. Tus sombras no rondan por este reino.

Hace latidos desterraste a las hienas del miedo.

Respiras.

Recobras la energía.

Recoges el plástico de las petroleras y tu intestino.

Te llevas la contaminación de los mares,

la ciudad de mil gritos de concreto, los automóviles,

los cazadores de jaguares, las fotografías de empresarios...

el acetato y el chicle.

Con el corazón limpio se quiebran los ídolos.

Y tu mano se mueve sola

como bailarina seduciendo al amado,

como sonrisa de niño en medio del mercado...

Y se unen las letras como un florecimiento.

Surgen las palabras como un aroma que va más allá del concepto,

más allá de ti, de dentro de ti y ves lo oculto.

Bailas con el abismo.

Y escribes un agua de vida, antigua, del charco de la creación.

Seudónimo:
Vulcano

ENMASCARADO

Mi primer combate
en el Coliseo de la Verdad, al sur de Bogotá,
fue contra El Señor del Odio,
que con una doble Nelson,
me destrozó el cuello
y me demostró
que era
indestructible.
Aún llevo su marca
en la mirada.
Para enfrentar al peligroso
Guerrero del Pavor
entrené con los insepultos en la noche
del cementerio.
En el primer asalto *caí al vacío*,
y en el segundo perdí la razón.

En mi voz quedaron

las cicatrices.

Antes del tercer combate

ascendí a los cráteres del martes

y a nado atravesé

los ríos secos del verano.

Desafié entonces al Opressor

quien me venció a carcajadas

y golpes bajos.

Cansado de perder

reté al Demonio del Amor

que me quitó la máscara

y me sacó del *ring*.

En los mapas que dibuja el mundo (*)

Antonio Pigafetta

I

Un atlas representa el mundo.

II

Sus mapas nos descubren

la invención de los cartógrafos

soñando el escenario donde transcurre el teatro

de las vidas en el mundo.

III

700 o 500 años antes de Cristo

- ¿qué significan dos siglos

cuando el olvido es posible?

¿cuándo los días son cifras

que desvanece la ausencia? -

los hombres lo imaginaron trazado en una tablilla

que hacía de Babilonia el centro del universo

- ¡el universo tenía apenas 12 centímetros

y podía sostenerse en una mano!-.

IV

El cielo y su geometría

servieron para entender

las visiones que observaron

los viajeros de la Tierra:

¿Si el cielo es circular

la Tierra es una esfera

sostenida por el aire?

¿Quizás, como escribió al-Idrisi en el siglo XII,

flota “estable en el espacio como la yema de un huevo”?

¿O, tal vez, como creyó el cartógrafo Zhang Heng,

“el cielo es como un huevo de gallina
y tan redondo como una bala de ballesta;
la Tierra es como la yema del huevo
y yace sola en el centro”?

V

Un mapa es el espacio
donde transcurren los días
orientados por el sol
aguardando la penumbra
de la noche y sus misterios.

VI

Cuando los monstruos soñados
por el temor religioso
dibujaron en los mapas
los delirios de la fe:
lince que veían a través de las paredes

y orinaban piedras negras;

la mantícora feroz con sus tres filas de dientes,

su rostro humano, sus ojos amarillos,

su color semejante al de la sangre,

su cuerpo de león, su cola de escorpión,

su voz sedosa como un aullido;

una región de criaturas fabulosas

-esfinges, unicornios, mandrágoras-

donde las sombras de los temibles escitas

secaban la tierra mientras calmaban la sed

bebiendo agua en los cráneos de sus enemigos;

bárbaros distantes de la cristiandad

-un sinónimo dudoso de la civilización-;

hombres que se protegían del sol

con sus labios gigantescos;

que enfrentaban en las noches

vientos y fríos salvajes como sus habitantes;

gentes desalmadas y turbias

XIII

El tiempo es nuestro mapa, impredecible y cambiante,

dibujado sobre el rostro como un paisaje biográfico

cuando el reflejo en el agua,

en el aire líquido de los espejos,

nos regresa la imagen de un pasado

detenido en el presente que avanza hacia el futuro.

XIV

Los hombres han calculado las medidas de la Tierra

para ordenar en sus mapas el caos que los consume;

los mapas donde somos puntos

prolongados en la superficie circular de un globo.

XV

“La paradoja es que no podemos conocer el mundo sin un mapa,
ni representarlo definitivamente con uno”, concluye Brotton.

(*) Mientras leo *Historia del mundo en 12 mapas* de Jerry Brotton.